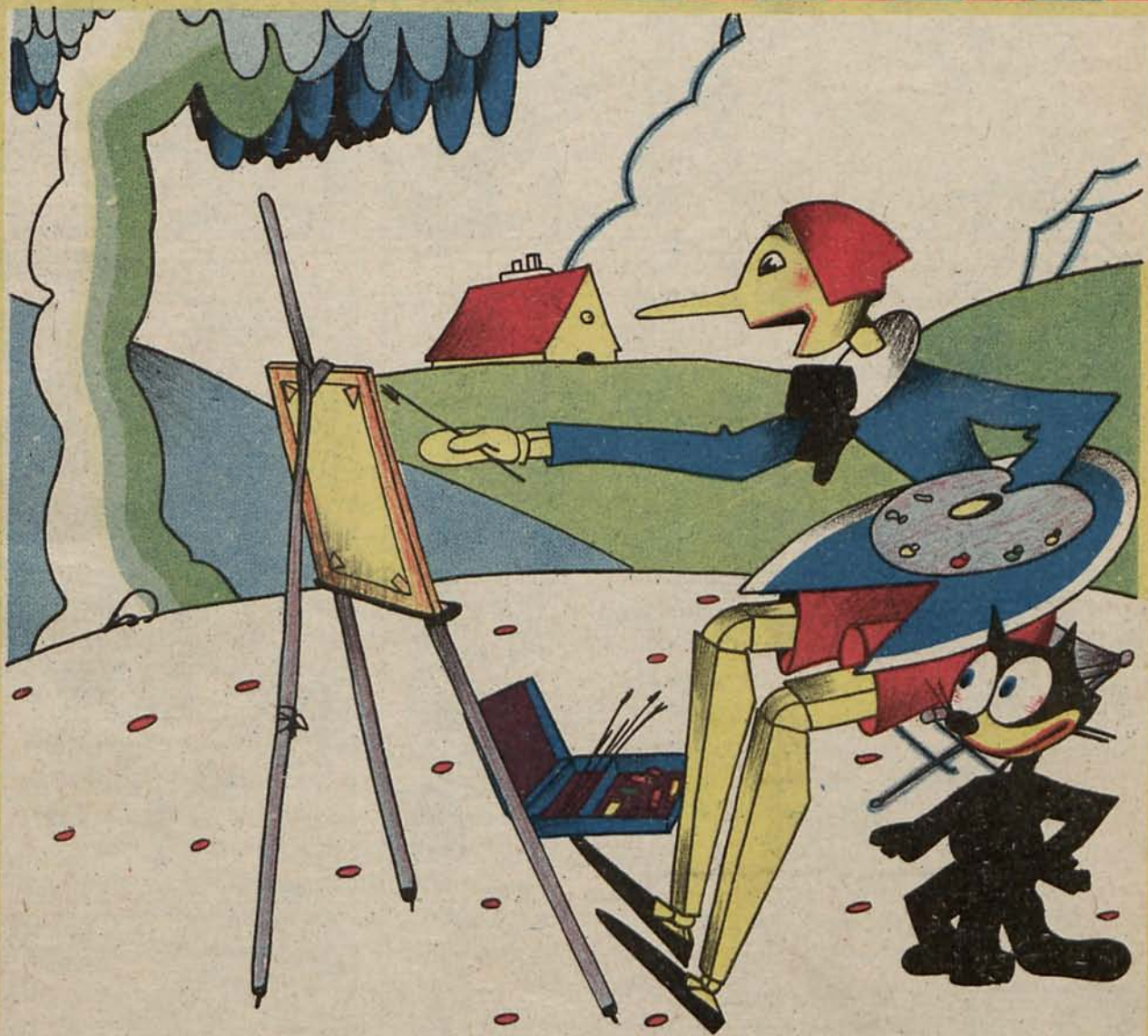


# PINOCHO

AÑO V  
NUM. 247

25 cts

10 NOVIEMBRE  
1929



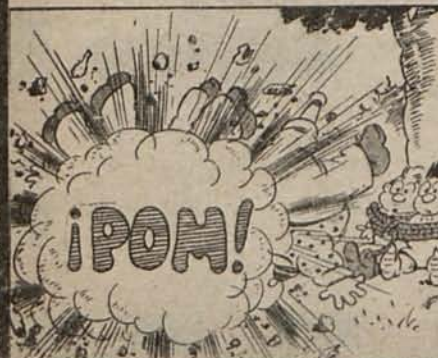
- OYE PINOCHO; YO CREÍ QUE TENÍAS MADERA DE PINO!  
- CLARO!  
- PUES NO SEÑOR; LO QUE TIENES ES MADERA DE ARTISTA!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, TIERRA Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

POR  
E. GIOVANELLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

a eludir vagamente, ante la inmensa y conmovida estupefacción de todos

aquellos que no sospechaban de seguro que el brioso articulista escondiera bajo la alegría de sus crónicas cosmopolitas tan trágica tribulación. Y entonces se desató por todas partes una general demanda, a nosotros que éramos sus íntimos, de informes, noticias y aclaraciones.

Nos concretamos a dar a los más explicaciones evasivas, confirmando el doloroso caso de nuestro amigo y aludiendo apenas a las esperanzas que abrigábamos de poder encontrar a los verdaderos culpables del delito de Tolón; pero no pudimos eximirnos de relatar ampliamente hasta los últimos acontecimientos a aquellos amigos de Enrique que le eran más adictos y que demostraban ahora tomar viva parte en sus anhelos y en sus temores, pidiéndonos frecuentes noticias de las indagaciones que se iban efectuando en los cuatro continentes.

Los trabajos de las diversas personas que tenían participación en los sucesos habíanse ido, pues, demorando poco a poco; y en todas partes el interés y el deseo de un feliz resultado eran tan vivos e impacientes que de allí en adelante se había hecho costumbre entre los amigos el venir, desertando del Café de Madrid, a tomar en mi casa todos los jueves una taza de té y a leer las últimas comunicaciones de los colegas discutiendo las múltiples vicisitudes y las futuras probabilidades inducidas de los documentos, los periódicos y los mapas que ocupaban en mi biblioteca las paredes no inutilizadas por la vasta estantería.

La víspera de Navidad, que era precisamente un jueves, hacia las cuatro de la tarde empezaron a llegar a mi casa los visitantes. El motivo que allí les reunía era esta vez más concreto que las largas cartas habituales y los lacónicos telegramas de siempre. Esperábase a Enrique, el cual había ya desembarcado en El Havre de vuelta de su misión al Panamá y de una breve estancia en Nueva York a donde le habían enviado para la inauguración de la temporada lírica en el *Manatthan House* y el *Metropolitan*. El príncipe Nojowamaki que el 31 de agosto le había acompañado en automóvil hasta dejarle a bordo camino de América, había querido ir ahora a su encuentro, y ya nos había llegado un telegrama anunciándonos su salida para París en el poderoso 60 H P del príncipe.

En mi biblioteca se habían dado cita todas o casi todas las notabilidades del mundo intelectual parisiense. Había muchos colegas, corresponsales de los primeros periódicos del mundo: Canedi, Norsa, Portoferro, Fleischer, Nordbyl, Fengray, Grover, Sartiamé, Pervenko, Ronot; tantos como para poder constituir o representar allí, no uno sino diez periódicos juntos. Había además dos diputados de la oposición, los honorables Rézard y Grénédier; por fin, el príncipe de Val Tidone, el vizconde de Lermonsiaux, el P. Marsan, el general Mercadier y otras personalidades del periodismo, de la política, del ejército y la aristocracia. Y era también de los nuestros, con el indefectible abogado Galiani, Fritz Holtzmam, nuestro buen Fritz, que ya había vuelto del Namagua a Berlín y de Berlín a París como todos los años para las fiestas de Navidad y de Año Nuevo.

Se estaba a gusto en mi biblioteca, gozando del tibio aliento que por sus abiertas bocas despedía la panzuda estufa de porcelana que en un ángulo resollaba deliciosamente mientras a



través de las grandes ventanas se veía caer en mágica danza los cándidos copos de la nieve.

Porque, como un homenaje tributado a la Navidad, desde dos días antes nevaba con brevísimas treguas; y París, con sus cúpulas, sus tejados y los árboles desnudos de sus bulevares cubiertos de un tapiz blanco de treinta centímetros de altura, había asumido el aspecto de una fantástica ciudad rusa que hubiera conservado, para los pies de sus transeuntes, la ingrata delicia de aquel barrizal resbaladizo y negruzco que es la característica invernal de las calles parisienas.

En torno a la estufa había un ancho círculo de butacas y de sillas ocupadas por los más autorizados, es decir por los de mayor edad, de los allí congregados; y muy cerca, en pie detrás de la amplia mesa cargada de periódicos y revistas, el abogado Galiani suministraba los datos y aclaraciones que le pedían tres o cuatro personas al mismo tiempo, en tanto que yo, sentado ante mi escritorio, ponía el oído en su voz y los ojos en mi buen Cayetano para que no le ocurriese lo que otras veces, que al pasar en derredor sirviendo el té, ofreciera la bandeja de los cigarros en vez de la de las pastas y los sandwichs.

La discusión se animó al poco rato.

—En resumidas cuentas—salió diciendo el general Mercadier a quien la edad y la amarga experiencia de una larga carrera habían hecho escéptico—sabemos ahora lo mismo que al principio.

—Con la diferencia—le objetó Franco—de que hemos podido eliminar algunos de los lugares sospechosos y ahora el campo de investigación es bastante más reducido...

—¡Pero las dificultades se han centuplicado!—interrumpió la voz aguda e irónica del honorable Rézard.

—Seguramente—comentó Pervenko, el más respetable, por las dimensiones físicas, de los corresponsales parisinos—. Con ese Kōwaes a los alcances...

—Pero, si somos nosotros más bien quienes

vamos a los alcances de Kōwaes—explicó Franco— Porque ahora Hodgsonfield le tiene en su mano, y no le dejará escapar de fijo, o por lo menos sabrá guardarse de las nuevas artimañas que le pueda preparar el tan vituperado enredador.

—¡Apuesto a que no!—dijo Fritz con una risilla sarcástica—¡después de la lección que ha recibido!

—¡Cállate tú!—le intimé yo—porque, en punto a lecciones, pocas pueden ser tan duras como la que le ha dado tu señor Villerdam. Y además, si a decir verdad vamos, Hodgsonfield es más disculpable que tú—y aquí Fritz bajó la cabeza con un aire contrito que excitó la hilaridad general—más que tú que has provocado el desagradable incidente, mientras él... ¡compréndelo! verse cogido impensadamente de las narices, por alguien de quien no tenía ningún motivo de sospechar...

—¡Vamos, hombre!—rebatí con viveza el diputado Rézard—convengamos en que después de lo que había visto y sabido en Aden, hubiera debido estar algo más sobre aviso y usar de más prudencia.

—Convengo en ello, pero tengo para mí que usted también habría caído en el lazo.

—No digo que no. Sin embargo creo que después del golpe del *Zenit* y de la mala pasada que le ha jugado Kōwaes, no volverá éste a mariposear por donde esté vuestro colega. Ahora se conocen personalmente, y... ¡vaya, que los disfraces no sirven de nada entre gentes que se conocen bien!

—Si eso fuera una preocupación para Kōwaes no habría ya país en el mundo en el que no arriesgara la pelleja poniendo allí los pies. Él, por el contrario, no tendría ningún escrúpulo en venir al mismo París, donde por lo demás se encontraba en agosto pasado...

—¿Aquí? ¿En París?

—Claro está. ¿O es que ha olvidado usted que salió en el mismo tren que tomamos nosotros al dar comienzo a nuestro cometido, y que a mí me siguió hasta El Cairo y aun más allá?

(Continuará en el próximo número)





# COLORÍN y su PANDILLA



Reg. U.S. Pat. Off., Copyright, 1930, by T.M.

BRANNER





# Entre los hielos del Polo Artico

por  
E. Salgarí

(Continuación)

impresionados ante aquellas continuas

oleadas, maniobrábamos las velas, tomando rizos, y recogiendo la vela trinquete. Golpes de mar, uno tras otros levantaban de repente el *cutter*, rugían contra las bordas, saltaban sobre la cubierta y nos hundían con gran peligro de sumergirnos.

Miguel Salomef, sin perder la tranquilidad, aunque hubiese verdadero peligro, clavado en el timón, trataba de mantener el barco con la proa al cabo Remenka, que empezaba a dibujarse entre la bruma. Procuraba evitar los golpes de mar, mientras nos-

otros, algo asustados, nos afanábamos por echar afuera el agua.

El viento rugía en todos los tonos, lanzándose furioso contra las velas, y el mar hacía rodar los témpanos de hielo que a cada momento se derrumbaban, amenazando con aplastar nuestro velero. En medio de los desencadenados elementos revoloteaban rápidamente bandadas de gaviotas; aquellos fúnebres pájaros de la tormenta, al volar rozaban las olas, de modo que parecían correr por encima del agua, por cuyo motivo han sido llamadas «Pedritos», en ciertos países, aludiendo al milagro de San Pedro, que atravesó el barrascoso lago de Genezaret, caminando por encima del líquido elemento.







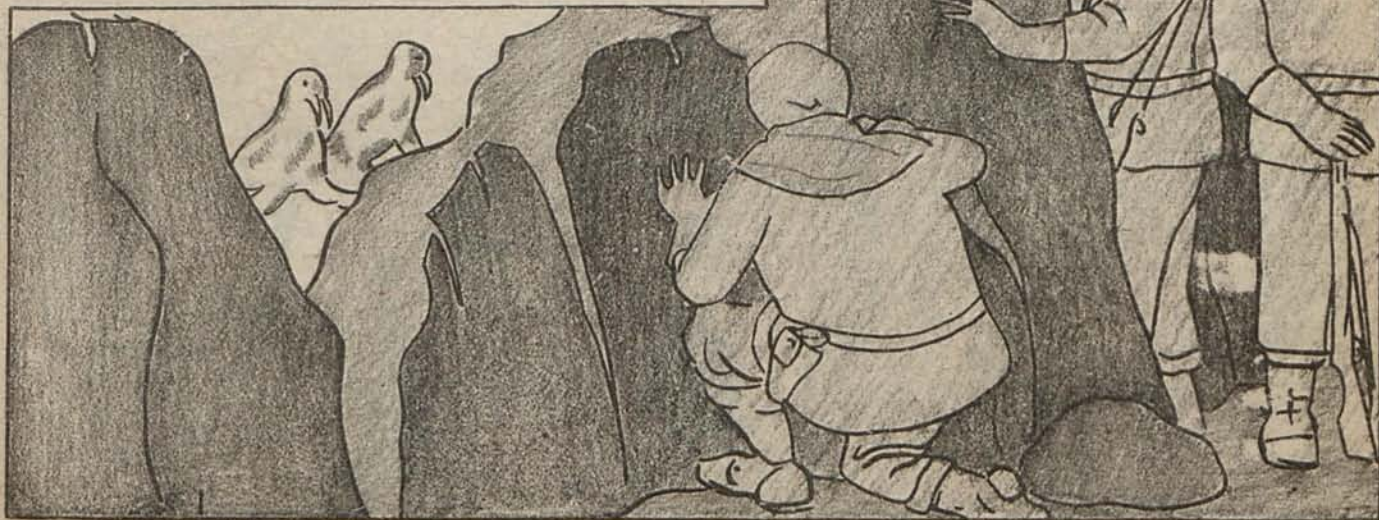
Luchamos hasta la noche tratando de ganar la punta Remenka, siempre rechazados por las olas y empujados por el viento que se había vuelto hacia el norte, y no hubo medio de lograr nuestro objeto. Por lo cual nos vimos obligados a seguir el viaje junto a la costa, con la proa al mar, hasta que, antes de que el sol desapareciese del todo, llegamos frente a la bahía de Promoi en cuya desembocadura pudimos dar fondo, después de muchas fatigas y de dar largas bordadas.

La costa estaba desierta por completo y por todas partes cubierta de nieve y de hielo, alguno de cuyos témpanos, de un espesor notable se internaban un buen trecho mar adentro. Pusimos el barco en seco y después de limpiar un poco el terreno de la nieve, levantamos la tienda, encendiendo un buen fuego.

Estábamos tan cansados, que apenas hubimos cenado nos envolvimos en nuestras capas junto a la viva llama.

Al día siguiente nos levantamos de madrugada para sorprender a las morsas. Cargados con los fusiles y cuchillos, con un frío que pasaba de 30° bajo cero, nos pusimos en marcha, con nieve hasta media pierna.

—Muchacho—me dijo Miguel, contestando a una pregunta mía—te he traído aquí para enseñarte una gruta que creo que solo yo conozco y en donde podremos manejar las armas a nuestro gusto. Es un hermoso refugio de las morsas y cada vez que le he visitado he traído, por lo menos, cincuenta docenas de colmillos. Ven conmigo y no te quejarás de esta expedición.



El rey de las morsas manteniéndose todo lo alejado posible de las rocas para no ser sepultado, por algún alud, nos condujo en medio de un montón de rocas en donde era preciso convertirse en cabras para seguir andando. Examinó varias veces las rocas que nos rodeaban para no equivocarse acerca del camino a seguir, señalándonos, de vez en cuando, osamentos que aseguraba eran de morsas y focas muertas por él en otro tiempo, cuando en la costa hormigueaban aquellos animales, y acabó por detenerse a corta distancia de una hendidura que se profundizaba en la montaña a un centenar de pasos del mar.

—¡Alto!—ordenó Miguel—Hemos llegado.

Oíanse salir de la abertura, que daba a una gran caverna, en medio de la cual había un pequeño lago de agua salada mantenido allí por las altas mareas para solaz de las morsas, roncós rugidos, como si allí dentro hubiese centenares de bestias feroces, seguido del ruido de cuerpos que se precipitasen en el agua. El rey de las morsas, al oír aquel estrépito, empezó a refregarse las callosas manos con viva satisfacción.

—Amigos míos—dijo, volviéndose hacia nosotros—mis previsiones no me han engañado y como podéis oír las morsas están en la gruta. Había mucho

(Continuará en el próximo número)



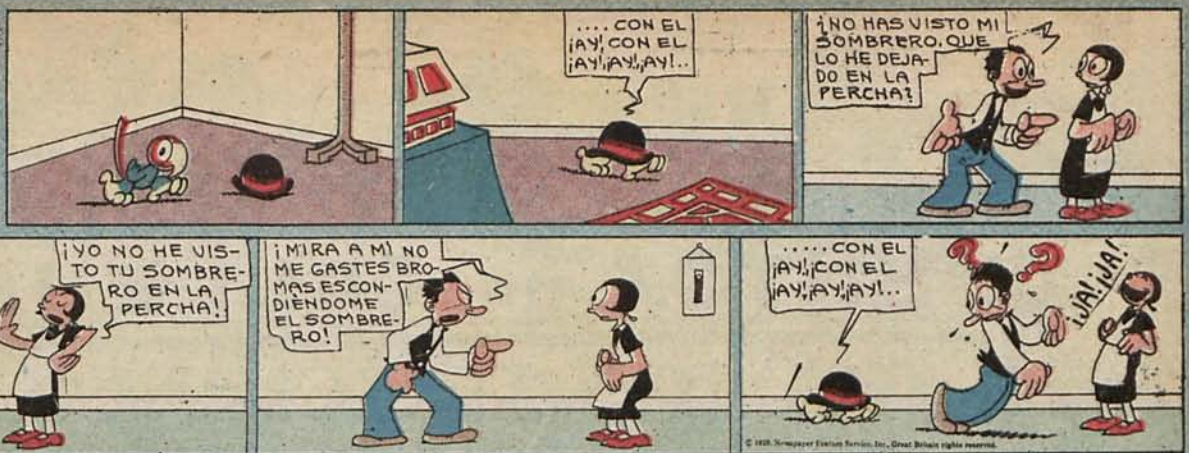


# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**





# CUENTOS DE CALLEJA

## LAS TRES PETICIONES

Castillo

**U**NA vez había un matrimonio anciano, sentado alrededor de la lumbre, porque hacía un frío terrible. El marido se llamaba Cleto, pero en el pueblo se le conocía por el mote de «El tío Malasombra», porque, en efecto, era el rigor de las desdichas. Nada le salía bien. Empezó a trabajar de zapatero, y no le salió nunca un par de botas a la medida, por lo cual le devolvían el trabajo y no se lo pagaban. Tuvo que cerrar la tienda. Se hizo luego encuadernador, y los libros que él encuadernaba se descosían antes de sacarlos de su casa. También tuvo que dejar el oficio, y no quiso aprender el de sombrero por temor a que en el pueblo nacieran los niños sin cabeza sólo por no hacerle gasto.

Se metió a torero, y en la primera corrida le dió el primer toro una paliza tan monumental, que a poco más hay que recoger los pedazos en un saco. Hizo se labrador, y se arruinó la cosecha. Se metió a pastor, y se le murió el rebaño; y, por último, se metió en su casa, y a poco se le hundió.

—Pues, señor—decía—: ¿por qué he de ser tan desdichado? ¿Qué delito he cometido para que lo pague de este modo? Verdaderamente he nacido con un sino fatal.

Esto decía al pie de una higuera, y la rama más próxima arqueó una de sus hojas a guisa de bocina, y de ella salió una voz, que dijo:

—¡Cleto! Las criaturas no nacen con sino fatal ni favorable. Todo lo que te suceda son pruebas para acrisolar tus merecimientos, si las soportas con paciencia. Ten resignación y fe, que no está lejos el día en que seas recompensado.

—¿Y quién eres que así me hablas?—preguntó Cleto.

—Soy tu Santo, que desde el Cielo miro por ti.

Arrodillóse el hombre, rezó con fervor y, confortado por las palabras del Santo, se dispuso a soportar con resignación todas las amarguras de la vida.

Inútilmente le asaltaron las mayores desgracias; él tenía una paciencia tan ejemplar, que todo lo soportaba con la mayor resignación. Se dedicó a cultivar unas modestas tierrecillas que heredara de sus padres; plantó patatas y salieron alcachofas; plantó viñas y salieron rábanos, de modo que el hombre acabó por aburrirse y arrendó su pequeña propiedad, si bien lo hizo con tan menguada fortuna que el arrendador no le pagaba ni un ochavo de lo convenido por el arrendamiento. Por fin tomó la treta de hacer lo contrario de lo que le convenía,

y como todas las cosas le salían al revés, comenzó a tener algo más de suerte. Así pasó una parte de su juventud, siempre contrariado y siempre paciente.

Se dedicó a la caza, observando, con extrañeza, que en el monte donde abundaba el día antes, en cuanto él se asomaba, escopeta en mano, no se veía un conejo por ninguna parte. Dejaba la escopeta en casa y volvía al monte, y entonces las liebres y los conejos materialmente le saltaban entre los pies.

Al cabo de unos años se casó con una mujer llamada Sinforosa, muy buena, pero demasiado viva de genio, que nunca podía estar callada, lo cual daba bastantes disgustos a su marido. No fué la menor prueba para el infeliz el estar rogando de continuo a su mujer que meditara las palabras antes de hablar;

pero ella, que además de necia era testaruda, no cejaba en su intemperancia, como si se hubiera propuesto agotar la paciencia de su marido.

Pasó mucho tiempo, y la noche de nuestro cuento se lamentaba «El tío Malasombra» de su negra estrella, y le decía a su mujer:

—Mira, Sinforosa; todo lo daría por bien empleado si, al menos para la vejez, me concediera mi Santo las tres cosas que yo le pidiera.

—¡Ya lo creo!—exclamó la mujer—; pero ¡ahí está San Cleto para concederte caprichos! Tenemos muy mala suerte por nuestra culpa, y nada nos saldrá bien.







En esto se oyó una voz por la chimenea, que decía:

—Pedid y se os dará, si os conviene; pero sólo tres cosas.

—Pues yo—dijo la mujer—querría comerme un buen trozo de longaniza.

Aun no había acabado de decirlo, cuando de la chimenea cayó un trozo de embutido de bastante buen tamaño.

Irritado el marido al ver en qué cosa tan insignificante había malgastado una petición, gritó, lleno de rabia:

—¡Ojalá se te clave esa longaniza en la punta de la nariz, para que te acuerdes toda tu vida!

En cuanto terminó de decirlo, la longaniza dió un salto y se clavó en la propia punta de las narices de Sinforosa, la cual no pudo arrancársela por más que hizo.

—Y ahora—gritaba la pobre mujer—, ¿qué voy a hacer yo con esta longaniza?

—Mira, mujer—decía Cleto—; pediré ser muy rico, y yo haré que te fabriquen una funda de oro para las narices.

—¡No quiero, no quiero!—decía sollozando la mujer—Prefiero ser más pobre que las ratas a que se ría de mí la gente por verme esta ridiculez.

—Mujer, no seas tonta, y déjate convencer; no desaprovechemos la ocasión, que ya sabes que la pintan calva.

—Sí; pero no la pintan con una longaniza en la nariz.

Y comenzó a llorar con tal desconsuelo, que el pobre marido, lleno de pena, resolvió perderlo todo antes de contrariar en aquel momento a su mujer. Así fué que, haciendo un verdadero esfuerzo, se dirigió a la chimenea y dijo:

—Pues deseo que se le quite la longaniza de la nariz a mi mujer.

El embutido cayó pesadamente al suelo, y Sinforosa se vió libre de tan horrible apéndice. Miráronse un buen rato los esposos, llenos de pena por la magnífica ocasión que acababan de desperdiciar,

cuando al fin habló Cleto y dijo:

—Ya has visto lo que hemos conseguido por culpa tuya.

—Fué por la tuya.

—Y tú ¿por qué pediste un pedazo de longaniza? ¿No era una barbaridad perder por eso una petición?

—Y dime: ¿no era una tontada el pedir que se me clavara en las narices?

—Verdad es, mujer, que yo estaba acalora-

do, y no supe lo que hacía.

—Bueno: y ahora ¿qué hacemos?

—¡Toma! Pues comernos esa longaniza malhadada que está en el suelo—dijo Cleto.

Bajóse a recogerla, y observó que aquel embutido pesaba de un modo extraordinario.

—¡Vaya una longaniza pesada!—exclamó «el tío Malasombra» admirado—Pues si en el estómago nos sienta lo mismo, vamos a tener que ponernos puntales para que no se nos rompa.



—Mira a ver si tiene plomo dentro—dijo la mujer con cierto recelo.

Empuñó Cleto su navaja y dió un tajo en el embutido; pero la hoja se rompió sin haber hecho mella en él.

—Dura es de pelar, ¡caramba!—, exclamaron—Pues si no se parte con el hacha, la sacaremos a la calle a ver si cae un rayo y la divide.

Por fin, con el hacha lograron quebrantarla, y del centro del embutido salieron

rodando por la habitación unas cuantas monedas de oro.

Sorprendido quedó el matrimo con aquel inesperado hallazgo, encontrando que todo él estaba lleno de aquel precioso metal.

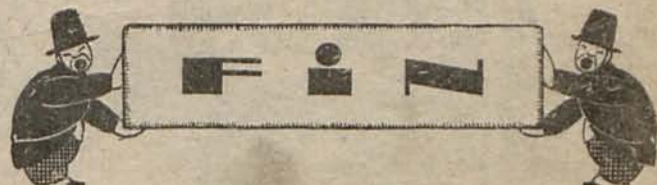
Pero al mismo tiempo hallaron un papelito que decía:

«Por tontos habéis estado a punto de seguir siendo pobres toda vuestra vida. Y si me he compadecido de vosotros es porque quiero demostraros que hasta el fin nadie es dichoso ni desgraciado.

\*\*\*

Desde aquel momento todo salió a Cleto a pedir de boca. Su esposa se quedó muda durante una temporada, y, aunque quería hablar por señas, no logró que la entendiera su marido.

Cuando recobró la palabra era tan discreta, que costaba trabajo hacerla hablar, y esto con una moderación extraordinaria. Vivieron felices, y murieron santamente, dando gracias a Dios hasta el último momento por los beneficios que les había dispensado.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curiosísimo Chonón ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero que me digas sapientísimo buho cómo atacan los leones, cómo cazan los leones y dónde hay más leones, para no pasar ni a cien kilómetros de los sitios donde vivan estos terribles carnívoros.

—¿Les tienes miedo?

—Una barbaridad de miedo. Y desde que he leído una cacería de leones en la selva estoy que no puedo ni peñarme.

—¿De nervioso que te has puesto?

—No solamente por eso. Es que además se me han puesto los pelos de punta y no los domino ni con cosmético.

—¡Bah! No vale la pena de pasar mal rato. Al fin y al cabo no tienes por qué preocuparte de que en la selva haya leones. Mientras no los tengas en casa, y esto es muy difícil, no hay por qué dejar que los nervios se exciten. Mucho más terrible que una jauría de leones son esas hienas que andan sueltas por el mundo y que de cuando en cuando se han atrevido a subir por las escaleras de tu casa y que se llaman Tin y Ton.

—Pero a esas hienas las espanto yo a escobazos. Como las vea venir de cara no les tengo ni pizca de miedo. Lo malo es cuando vienen traidoramente, sin que nadie las vea.

—Bueno, pues vamos a nuestra charla. El león es animal que se acomoda fácilmente a todos los climas y, desde luego, vive con preferencia en aquellos lugares donde abundan los animales de que suelen alimentarse. Su presencia está, pues, en relación con el número de estos animales. A mayor caza mayor cantidad de leones. Desde luego, donde más abundan es en las selvas del África central, pero también se les ve en otras regiones africanas lindantes con el mar, en las mesetas elevadas, en regiones pedregosas, en las cercanías de los pantanos y en todas partes, en fin, donde tienen medios de hacer presa segura.

Del miedo que le tienes a los leones, he de decirte que hoy día es muy difícil encontrar un león en plena libertad. Es preciso buscarlo mucho, casi en su propia guarida, porque la constante persecución y caza de que han sido objeto, ha creado en ellos un instinto de temor al hombre que casi siempre los pone en fuga cuando se ven descubiertos.

—¿Quieres decirme con esto que los leones no atacan al hombre?

—No me atrevería a decir tanto, querido Chonón. Teniendo hambre, esta fiera no respeta nada ni hay en ella otro instinto que el de destrozar.

—Cuéntame como atacan los leones.

—Te referiré un caso que yo mismo he presenciado en una selva próxima a la colonia del Cabo, que como sabes está al sur de África. Un amigo mío, explorador inglés que andaba por África en busca de elefantes para aprovechar el marfil de sus colmillos, marchaba en cierta ocasión a caballo, seguido de unos cuantos indígenas a pie, y armados todos de excelentes rifles. Al

cruzar por uno de los lugares de más espesura de la selva, surgió de entre un matorral de helechos un gigantesco león.

—Ya se me están poniendo otra vez los pelos de punta.

—Ya, ya. Tienes una cabeza que parece un cepillo. No es para tanto Chononcito. No hay que ponerse así. Tienes el susto subido y cualquier cosita te emociona. Tienes que tomar tila, mucha tila.

—No hagas caso, y sigue tu narración.

—El león, rápidamente, sin dar tiempo a prevenirse a nadie, dió un salto y con su garra derecha produjo al explorador profundas heridas en el rostro y en el cuello, desgarrándole el carrillo y arrancándole un diente. La víctima fué, como es natural, empujada hacia el lado opuesto del caballo, pero se aferró fuertemente a la silla y, en lugar de caer al suelo, hizo ceder la cincha, no muy apretada, quedando pendiente bajo la panza del caballo. El león, en vez de continuar el ataque, acaso espantado por los disparos de los indígenas, huyó, pero a corta distancia se detuvo, volviéndose para mirar con insistencia al explorador. Éste, que a pesar de sus heridas no había perdido ni un momento la presencia de ánimo, preparó su rifle apuntó y dejó muerto al terrible enemigo.

—Buen tirador.

—No hay más remedio que serlo. Nadie debe aventurarse a una exploración a través de las selvas sin una gran seguridad en la puntería. El león ataca comunmente de cara y con una inusitada rapidez.

—¿Y para cazar, sigue también el mismo procedimiento?

—Suelen cazar agrupados en manadas y, al parecer, en veces, con arreglo a un plan preconcebido. Parte de la manada se embosca y los restantes animales recorren el campo y espantan la caza hacia los puntos donde están ocultos sus compañeros.

—¿Cuándo caza? ¿Por el día, o por la noche?

—Esperan generalmente la hora del crepúsculo vespertino para empezar la caza. Lo mismo persiguen los rebaños salvajes que el ganado doméstico, y se ponen en acecho en las cercanías de los sitios más frecuentados por unos y otros. Para coger su presa, prefieren los charcos, a los cuales acuden los animales salvajes a beber. Si están hambrientos, pasan por su osadía, pues a veces han entrado en los campamentos de los cazadores y sin prestar la menor atención a las hogueras hacen presa en bueyes, caballos y personas.

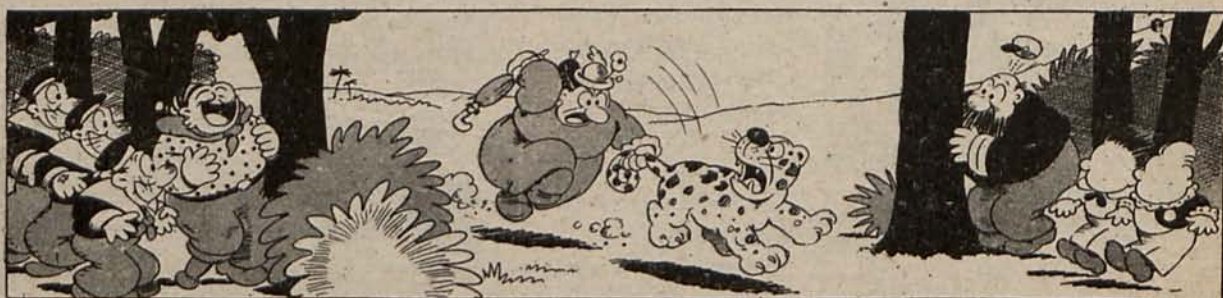
—¿Y quieres que no se me pongan los pelos de punta?

—¡Hombre! No sé por qué. ¿Llevas el propósito de irte al África central?

—Ni por asomos.

—Pues te advierto que un viaje por aquellas regiones es interesantísimo. Si quieres te pago el billete.

—Gracias, querido buho.

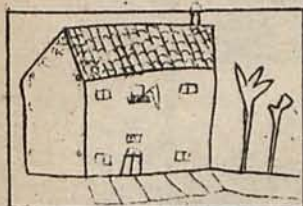




# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE NOVIEMBRE

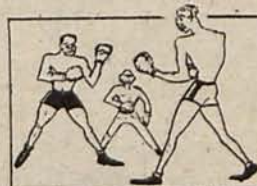
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Casa de Currinche.—C. Piquero



Balandro de Pinocho  
Alberto L. Arbones



Un match de boxeo  
por Ximpa IV



Currinche mene la cola  
Ma. ichu Bardaji



Ricardo Zamora  
Domingo Palazuelos



Mi casa  
Margarita García C.



La casita del bosque  
María Eugenia y Polín Blanch



Chuchín  
por Reinaldo J.  
11 años



Juan Pata de Plata  
A. Arieta, 9 años



Un circo  
Jaime Navarra



Cow-voy  
Paco Pino, 8 años



Doña Pirula  
Emilio Calvo



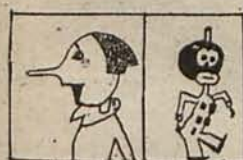
Ton  
Carlos Orlando



Mi criada María  
Alfredo B. Beauregard



¡Se venden huevos!  
María García Conde



Mis mejores amigos  
Manuel Terroba



El gato de mi vecino  
Lolita Fernández



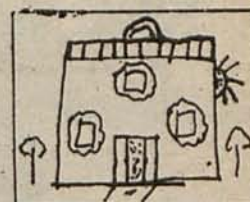
Leonardo de Vinci  
Alfredo Schulz



Ching-Chong  
Juanita Bravo



Una rubia y una morena  
M. G.



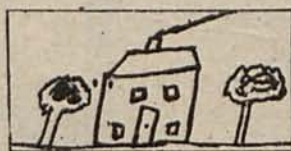
Mi villa  
C. Clavell, 11 años



El escudo del C. D. E.  
Antonio R. Tourón



Niña cursi  
Luis Hidalgo, 7 años



La casita de mi tía  
Eduardo Moyano, 6 años



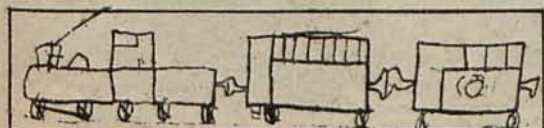
Pirula  
Gabriel Ruiz



Enanito  
M. E. Blanch



Rubens  
Alfredo Schulz



Mi tren,—Ricardo del Alcázar



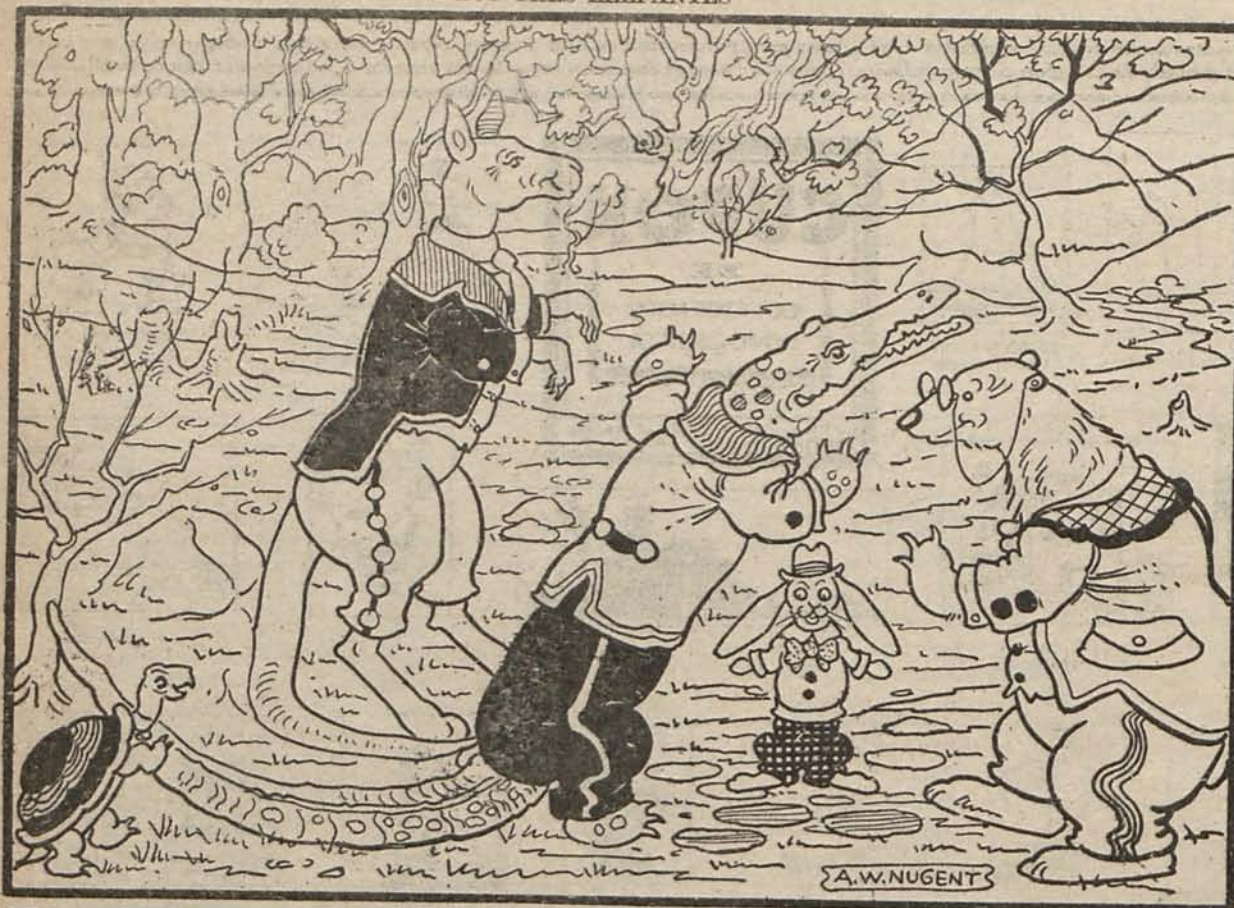
Mis mejores amigos.— Germán González



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LOS TRES ELEFANTES



Tres elefantes e han extraviado en un oscuro bosque. Las pesquisas que se han hecho para buscarlos han sido hasta ahora infructuosas. ¿Sabrías decir vosotros dónde están?

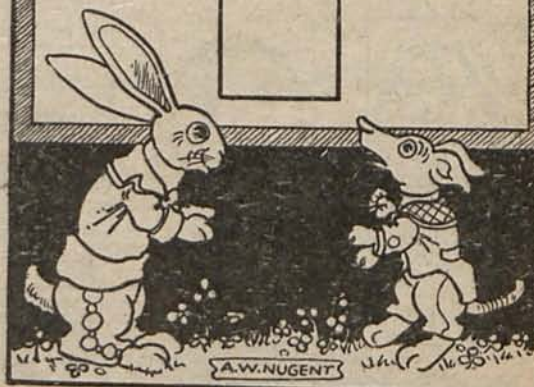
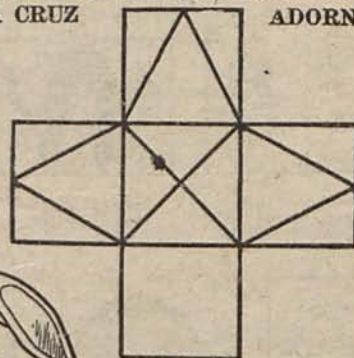
## EL ZORRO SONRIENTE



Cuando el zorro corre es por algo. Trazar una raya siguiendo los números y lo sabréis.

## LA CRUZ

## ADORNADA

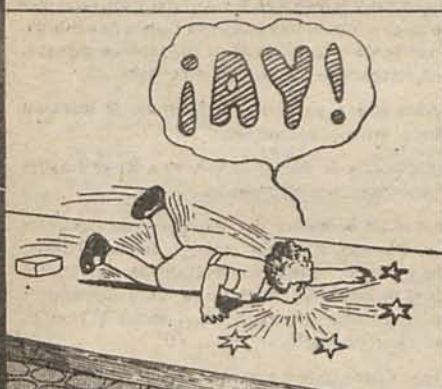
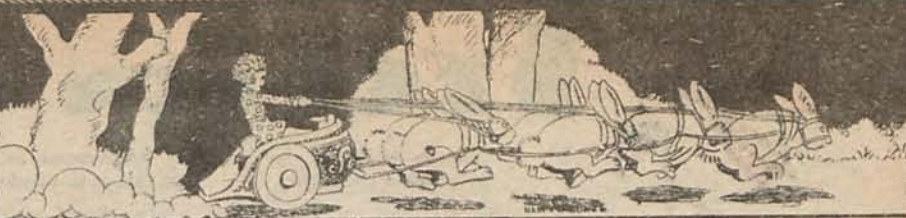


¿Sabéis por qué están tan preocupados estos simpáticos animales? Pues, sencillamente, porque no saben cómo dibujar la cruz que veis en el dibujo sin levantar el lápiz del papel. Y vosotros ¿lo sabréis?

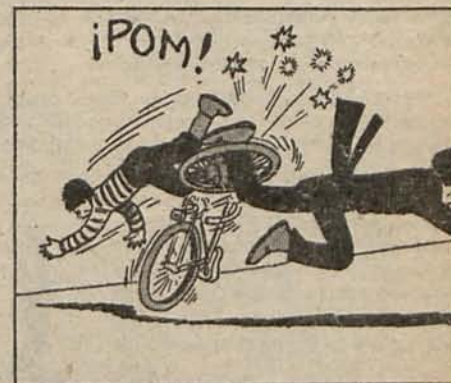
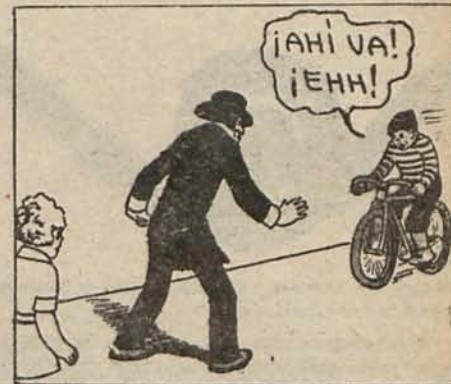


# ANITA

## BUEN-CORAZON



¡PRECISAMENTE POR IR SIN PRECAUCIÓN!



¡ATIZA!





# SECCIÓN PIRULA

Charlas de Pirula... bordadora y modista

## LA MADRINA DE CHELÍN



De muchas cosas buenas disfruta Chelín en la vida: unos papás, como no hay otros (que es precisamente lo que les sucede a todos los papás que yo conozco); unos hermanos encantadores; unas amiguitas que la adoran; una casa preciosa; unas «hijas» magníficas; pero todo esto lo tenéis vosotras poco más o menos, mientras que la madrina de Chelín es algo excepcional.

Ya os estáis figurando que Chelín es una heroína de cuento, y su madrina, un hada.

No. Chelín es una Pirulinda como cualquiera de vosotras, con lo cual huelga decir lo mona que es. Y su madrina es una señorita buenísima llamada María que adora a su ahijada, y no posee ningún poder mágico, aun cuando merecería tenerlos todos.



Madrina María es doblemente madrina de su ahijada; lo es primeramente porque la sacó de pila cuando Chelín era un bebé de pocos días (no blanca y rosa como los principitos de los cuentos, sino colorada y arrugadilla como los recién nacidos de la realidad) y le puso por nombre Consuelo.

Y lo es segundamente, porque luego dió en llamarla Chelín, lo cual lo mismo podía ser el diminutivo de «Chelo» que el de «Cielo», Cielín.

Por cierto que Pepote, el hermano mayor de Consuelito, la dice, cuando quiere hacerla rabiar, que con ese diminutivo madrina María quiere dar a entender a su ahijada que no vale más de un «chelín» que es una moneda inglesa que equivale a unos cinco reales nuestros.

Pero yo creo que Pepote dice eso porque siente algo de «pelusa» de su hermanita; porque decidme a mí ¿en qué cabeza cabe la suposición de que una niña tan adorable como Chelín va a valer menos de dos pesetas?

No tenéis idea de lo agradable que es tener una madrina que la quiere a una como la de Consuelito quiere a su ahijada; en los cuentos, ya se sabe: empieza por dotarla de toda suerte de buenas cualidades, con lo cual, sea dicho de paso, las princesitas fantásticas tienen bien poco mérito en ser perfectas.

Más tarde, la divierte mejor que el más experto de los prestidigitadores de



presento, querrá mandarlos copiar para Chelín, tanto más cuanto que su adorno constituye una labor fácil y original. Este adorno es simplemente una cinta estrecha o un galón o un vivo de tela cuya novedad estriba en el modo de pegarlo, que es con puntadas de lana o de seda, cuyo color contrasta con el de la cinta y hace juego con el de la tela.

Claro que antes de pegarlo, conviene hilvanarlo, marcando minuciosamente todas las curvas y ángulos del dibujo. Uno de los vestidos es de crespón verde con incrustaciones de seda negra, cuyos contornos se subrayan con un galón verde pegado con puntadas negras, o viceversa. El segundo traje, con su bolero, es azul marino y se bordea con galón blanco, o amarillo pegado con puntadas azules. ¿Y la casita? ¡Ah! pues la casita nada tiene que ver ni con Chelín ni con su madrina; es un recuerdo que envía a mis Pirulindas la gentil y risueña Cascabelina cuya historia os acabé de contar el domingo último. Esta es la casita en la cual vivió Cascabelina hasta que el simpático Plín surgió de una ave llana para llevársela a su palacio. Así, al bordar la casita en cualquier prenda de mantelería que se os antoje, pensaréis en Cascabelina y en Plín.

circo, transformando un pepino en una carroza, una mariposa en un elefante o una rosa en un palacio.

Y, por último, la proporciona un marido de lo mejorcito que anda por el mundo, y que deposita a sus pies, una corona real, un corazón y un sombrero empenachado; sin contar que luego le ofrece una despensa repleta de perdices, alimento qué, como sabéis, va ligado a la felicidad de los jóvenes esposos, siempre que se empeñen en no compartirlo con el autor del cuento.

Pero aun cuando la madrina no sea un personaje del reino de Ilusión y Fantasía, tampoco deja de ofrecer ventajas estimables.

Nina María (así es como Consuelito la llama) cuando va a ver a su ahijada, siempre le lleva bombones y algún que otro regalito.

Claro que en las circunstancias solemnes del año (que son bastantes tales como Año Nuevo, Reyes, Pascuas, el día del santo, el del cumpleaños, Navidad, los exámenes de fin de curso, cuando el resultado ha sido bueno, a título de estímulo, y cuando el resultado ha sido malo, a título de compensación, antes de cada viaje, a la vuelta de cada viaje, etc..., etc...) el regalito pierde su diminutivo y es todo un señor regalo.

No os vayáis a figurar que Chelín quiere a su madrina, por los regalos que de ella recibe. Chelín es incapaz de ser interesada.

Además, hay algo que ella aprecia tanto o más que los regalos: son los momentos que su madrina le dedica a ella solita y durante los cuales charlan de muchas cosas (¡hay que ver lo que sabe Nina María!) a la vez que aprovechan el tiempo haciendo toda clase de labores, como si fueran dos buenas amiguitas y no hubiese entre ellas una diferencia de treinta y tantos años.

Para tener siempre cosas interesantes y divertidas que contar a su ahijada, Nina María, se pasa la vida leyendo; y para poder dirigirla en sus labores, se ha hecho una de mis más asiduas Pirulindas; y como las dos son tan mañosas como trabajadoras, y tienen muy buen gusto, realizan preciosidades, interpretando mis ideas... y algunas más, también, claro está.

Estoy segura de que en cuanto Nina María vea los dos modelos de vestidos que hoy os

